

## 2. La espiritualidad vicenciana, una espiritualidad misionera

### 1. VER – Una mirada contemplativa



Al comienzo de este itinerario formativo, teniendo como horizonte los 400 años de la fundación de la Congregación de la Misión, somos invitados a abrirnos a las sorpresas del Espíritu del Señor, dejándonos iluminar e interpelar por la Palabra de Dios, por el carisma vicenciano y por el magisterio del Papa Francisco. Lo hacemos movidos por un profundo espíritu de fe, con miras a una auténtica revitalización espiritual y misionera y mediante un esfuerzo sincero de conversión personal y comunitaria. Así queremos responder a lo que nos recomendó la última Asamblea General. Hablar de espiritualidad vicenciana como una espiritualidad misionera significa volver a nuestras raíces más hondas, al corazón pulsante de nuestra identidad, al núcleo de las intuiciones suscitadas por el Espíritu en el corazón de nuestro fundador. Somos una Congregación esencialmente misionera y con una clara orientación hacia las periferias existenciales y geográficas. Es precisamente ahí

que se arraiga el carácter sinodal y profético de nuestra vocación de seguidores de Jesucristo evangelizador de los pobres.

### 2. JUZGAR – un discernimiento lúcido

#### a. A la luz del Evangelio (Leer: Lc 5,1-11)

Las barcas estaban detenidas en la orilla del lago y los pescadores, desilusionados por el fracaso de no haber pescado nada, lavaban las redes rasgadas de tantos esfuerzos. La noche había sido larga y penosa. Es entonces que surge Jesús de Nazaret, desde la itinerancia de su misión por los caminos de la Galilea, enviado por el Padre para hacer de su vida una buena noticia de esperanza y salvación para los pobres (cf. Lc 4,18), preocupado en dirigir una palabra de aliento a la multitud que se apretujaba a su alrededor, sedienta de Dios y deseosa de respuestas alentadoras para sus dramas y carencias. El desánimo de los pescadores no le intimida. Jesús intuye la reserva de bondad que anida en sus corazones y logra sacar generosidad de la decepción, fuerza de la debilidad, solicitud de la inercia. Desde la barca de Simón anuncia la palabra de Dios. Da el ejemplo a aquellos que se convertirán en sus discípulos, enseñándoles que vivir con sentido incluye la capacidad de abrirse a los demás como hermanos, de darse a sí mismo, de hacer el bien a las personas y de hacerlo de la mejor manera posible.

Los pescadores desolados se unen a la multitud para escuchar aquel hombre de Dios que desborda compasión. Los ojos se llenan de brillo, los corazones se fortalecen, el horizonte se ensancha, se insinúa algo nuevo. En la palabra de Jesús de Nazaret, oyen la palabra de Dios. En la humanidad de Jesús, hay algo de muy distinto y cautivante, una novedad que se irradia. El Maestro puede, entonces, decirles: *“Remad mar adentro, y echad*

*las redes para pescar” (v. 4). Como si dijera: Salid de la superficie, dejad las orillas cómodas en que os encontráis, permitid que el miedo de fracasar dé lugar al riesgo de nuevos intentos, lanzaos a la aventura de la fe. La respuesta de Simón fue enfática: Trabajamos la noche entera, hemos hecho todo lo que podíamos, hemos gastado todas nuestras fuerzas, hemos empleado toda nuestra creatividad... y no hemos pescado nada. Pero, en atención a tu palabra, porque eres tú, porque nos mandas, vamos a echar las redes. Desde aquí, empiezan a despuntar los destellos de una fe madura, aquella requerida por el Reino, una fe que se despoja de la autosuficiencia y se manifiesta en la confianza y en la total entrega a aquél que llama (cf. Mt 21,25).*

El resultado fue sorprendente. Se ha realizado el prodigio de una pesca abundante y generosa que excedía todas las expectativas, de tal manera que las redes llegaban a romperse. Los pescadores tuvieron que pedir ayuda a los compañeros de la otra barca. La abundancia de peces fue para todos. Por su acto de fe, Simón (cuyo nombre significa *aquél que escucha*) es llamado Pedro por primera vez, nombre que le será impuesto más tarde, como el primero entre los Doce, para designar su misión de líder de la comunidad (cf. Lc 6,12-16; Mt 16,18). Como en una teofanía (cf. Ex 19,16; 33,20), la pesca provocó asombro y admiración, confirmando la fe en el corazón de los discípulos y disipando el desánimo que antes amenazaba sus esperanzas y su vitalidad (cf. Mt 8,10; Jn 2,11). Simón toma conciencia de su pequeñez ante la santidad de Jesús, ahora llamado *Señor* por primera vez (v. 8). Jesús, a su vez, no se sorprende con la confesión de la debilidad de Simón. Ni le aleja de sí, ni se aleja de él. Es bueno que el discípulo-misionero sea consciente de su debilidad y asuma su condición de pecador. Eso le ayudará a madurar como persona y le hará más comprensivo y compasivo con los demás. La reacción de Jesús le confirma a Simón Pedro: *No temas. Estoy contigo y estarás junto a mí. Eres un pecador amado y hecho capaz de amar. Y, de esa lúcida y apasionante experiencia de fe, nace la decisión de seguir al Maestro, quien, a su vez, confiere a Pedro y a sus compañeros la misión de ser “pescadores de hombres”, asociándolos a sí mismo para convertirles en anunciadores del Reino, continuadores de su obra salvadora (cf. Mt 10,1s; Lc 10,1s). Y ellos, conscientes de que habían encontrado el tesoro del corazón (cf. Lc 12,33), “sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, siguieron a Jesús” (v. 11).*

## **b. Tras las huellas de San Vicente**

San Vicente de Paúl, hombre modelado por el Evangelio, se sirvió al menos dos veces de este episodio de Lucas para exhortar y animar a sus Misioneros a *remar mar adentro* en el océano de la caridad y de la misión, de la evangelización integral de los pobres, en atención a la palabra del Maestro.

### **1**

La primera mención se encuentra en una bellísima carta al valiente Padre Carlos Nacquart, del 22 de marzo de 1648 (cf. SV III, 255-259), año en que sería destinado a Madagascar, con un poco más de 30 años, acompañado de otro Misionero. Allí, en aquel lejano y desconocido país, su ardiente caridad y su vigoroso celo apostólico habrían de producir abundantes frutos y su laboriosa existencia se consumiría en menos de dos años tras su llegada (29 de mayo de 1650).

Después de comunicar al joven sacerdote su destino a la tan soñada misión, San Vicente recuerda la belleza y la dignidad de la vocación misionera, invitándole a recibir con fe humilde y audaz la gracia que le fue dada: *“¡Vocación tan grande y tan adorable como la de los mayores apóstoles y santos de la Iglesia de Dios! ¡Los designios eternos realizados en el tiempo sobre usted! Sólo la humildad es capaz de soportar esta gracia; el perfecto abandono de todo lo que usted es y puede ser, con la exuberante confianza en su soberano Creador. Necesita una fe tan grande como la de Abrahán, la caridad de San Pablo, el celo, la paciencia,*

*la deferencia, la pobreza, la solicitud, la discreción, la integridad de costumbres y un gran deseo de consumirse totalmente por Dios” (SV III, 256).*

A continuación, el fundador discurre sobre la realidad del país, los desafíos de la misión en aquellas tierras, los peligros del viaje marítimo (que podría durar incluso más de 6 meses) y el riesgo de influencias externas sobre la conducta de los Misioneros (particularmente por parte de aquellos que tenían intereses políticos y económicos sobre la isla y que iban a embarcar en el mismo navío). Después de resaltar la importancia del testimonio de amor a Dios por la oración, de integridad personal por la práctica de las virtudes y de caridad por la solicitud hacia aquellos que por casualidad se enfermasen durante el extenuante viaje, San Vicente recomienda a los dos Misioneros rectitud, discernimiento y prudencia en todas sus relaciones y procedimientos: *“Ser fiel para con Dios para no fallar nunca a sus intereses, sin traicionar nunca a la conciencia con ninguna consideración, sino buscando con cuidado que no se estropeen los intereses de Dios por precipitarlos demasiado; ocupar bien el tiempo y saber esperar” (SV III, 257).*

En lo que concierne al apostolado, San Vicente aconseja organización y planificación, disponibilidad y movilidad, disciplina y paciencia, mansedumbre y firmeza, etc. Sugiere tomar como punto de partida la cercanía respetuosa hacia aquellos que serán evangelizados y en los cuales los Misioneros deberán entrever las condiciones dadas por Dios para la acogida de la salvación (*semina Verbi*), condiciones estas que tenían que potenciar con sensibilidad y creatividad: *“Lo principal es que, después de esforzarse en vivir con las personas que tenga que tratar en olor de suavidad y de buen ejemplo, procuren que aquellas pobres gentes (...) comprendan las verdades de nuestra fe, no ya por las sutiles razones de la teología, sino por razonamientos sacados de la naturaleza; pues hay que comenzar por ahí, intentando hacerles comprender que no hace usted más que desarrollar en ellos las señales que Dios les ha dejado de sí mismo” (SV III, 257).*

Puesto que la misión es obra de la Trinidad, los Misioneros deberían ser hombres de intensa vida interior, buscando intuir, en la meditación y en la oración diarias, lo que les inspira el Espíritu, de tal modo que la transmisión de la fe resultara significativa, relevante y eficaz: *“Por eso, convendrá que se dirija con frecuencia al Padre de las luces, abandonándose en el espíritu de Dios, que habla en esas ocasiones. Si su divina bondad quiere darle la gracia de cultivar la semilla de cristianos que ya hay allí y que viven con aquellas buenas gentes en la caridad cristiana, no dudo, ni mucho menos, que Nuestro Señor se servirá de ustedes para prepararle allí a la Compañía una mies abundante” (SV III, 257-258).*

En este contexto – en el que gracia y libertad interactúan, requiriendo confianza y disponibilidad de los enviados – Vicente hace resonar el mandato de Jesús a aquellos que se volverán, también ellos, *“pescadores de hombres”*, revestidos del espíritu de Cristo para continuar la misión del Salvador: *“Vaya, pues, Padre, y ya que le envía Dios por medio de sus representantes en la tierra, eche las redes con valentía” (SV III, 258).* En el seguimiento del Hijo de Dios, el Misionero de los pobres se hace consciente de que ha recibido todo de las manos del Padre y, por eso, no rehúye el compromiso de gastar la vida por los hermanos, comunicándoles lo que tiene de mejor: la alegría del Evangelio, la misma que llena su corazón e ilumina su vivir.

## 2

La segunda alusión a la perícopa lucana se encuentra al final de una carta de San Vicente a otro Misionero, el Padre António Fleury, destinado en Saintes. La carta es del 6 de noviembre de 1658 (cf. SV VII, 292-294). En ella, se manifiesta el desvelo de Vicente de Paúl en el acompañamiento y en la orientación de sus cohermanos, alegrándose con ellos,

confortándoles en medio de las adversidades, previniéndoles de los peligros y estimulándoles en el ardor misionero: *“Estoy preocupado por no haber recibido ninguna carta suya desde que está usted en Saintes. Le escribo para conocer el estado de su salud, cómo van las misiones por allí, si se aprovecha el pueblo de sus ejercicios y se muestra asiduo a sus instrucciones”* (SV VII, 292).

A continuación, el fundador revela su conocimiento de la historia y del estado actual de aquella localidad, advirtiéndole al Padre Fleury sobre los resquicios de las herejías entre los *“pobres católicos”*. Y, con su habitual sentido de fe, teniendo presente las exigencias y retos de la misión, recomienda: *“Hay que tener paciencia y esperar que, poco a poco, la luz de la fe vaya disipando todas esas sombras y que Jesucristo vaya siendo el amo de las creencias y de las costumbres de esas pobres gentes, que el espíritu maligno ha intentado pervertir durante muchos años”* (SV VII, 292). A la necesaria paciencia, recomienda unir prontitud y celo para secundar la acción de Dios y cooperar en sus amorosos designios de salvación, siguiendo las huellas de Cristo: *“También habrá que esperar, Padre, que su gran misericordia se servirá de usted para ello, ya que, según el camino ordinario de la Providencia, Dios quiere salvar a los hombres por medio de otros hombres, y Nuestro Señor se hizo él mismo hombre para salvarnos a todos”* (SV VII, 292).

Como en la carta precedente, también aquí Vicente evoca la gracia inmerecida de la vocación, frente a la cual nada resta al Misionero sino el don total de sí mismo para continuar la obra del Salvador con el ardor de la caridad: *“¡Qué felicidad para usted poder trabajar en lo que él mismo hizo! El vino a evangelizar a los pobres, y ésa es también su tarea y su ocupación. Si nuestra perfección se encuentra en la caridad, como es lógico, no hay mayor caridad que la de entregarse a sí mismo para salvar a las almas y por consumirse lo mismo que Jesucristo por ellas. Y a eso es a lo que ha sido usted llamado y a lo que está pronto a responder, gracias a Dios”* (SV VII, 292-293).

Prosiguiendo, San Vicente menciona las tentaciones que podrían remover al Misionero de su dinamismo apostólico: pensar que haría mayor bien en otro lugar, dejando de lado las ocasiones que se presentan y omitiéndose en sus tareas habituales; las frivolidades y vanidades, que le impedirían participar en la cruz de Cristo y encontrar solamente en él su realización; el excesivo apego a la familia, lo que no le facilitaría una respuesta madura a la vocación recibida del Señor; el aburrimiento por tener que hacer siempre las mismas cosas y el desánimo por no producir los frutos deseados en sus labores apostólicas. Como remedio para este desaliento provocado por la rutina, Vicente aconseja la convencida y renovada perseverancia, ya que *“solamente la perseverancia es la que merece la corona y sin ella todo está perdido”* (SV VII, 249), la misma perseverancia que permite al Misionero hacer bien y con amor todo lo que le cabe hacer por Dios y por los hermanos.

Al final de la carta encontramos la referencia al icono bíblico que estamos contemplando. El santo fundador se sirve de él para confortar al Padre Fleury, invitándolo a mantener íntegras la confianza, la serenidad, la fortaleza y la ilusión, como bálsamos para la caridad misionera, sobre todo en medio de las fatigas, hostilidades y fracasos. Extraordinario testimonio de una fe viva y laboriosa: *“Tiene que convencerse que Dios pide únicamente de usted que eche las redes en el mar, pero no que recoja usted peces, ya que le toca a él hacerles entrar dentro de ella. Y no dude de que lo hará si, después de pescar toda la noche a pesar de las dificultades de la empresa y del endurecimiento de los corazones, dormidos casi todos ellos para las cosas de Dios, espera usted con paciencia a que llegue el día, cuando los despierte el sol de justicia y su luz los ilumine y caliente. A este trabajo y a esta paciencia hay que añadir la humildad, la oración y el buen ejemplo; luego ya verá la gloria del Salvador”* (SV VII, 294).

La misión iluminada por la fe y dinamizada por la caridad de Cristo es el secreto de la vida de Vicente de Paúl y de sus Misioneros, los de ayer y los de hoy, todos llamados a ser consistentes y entusiastas *“servidores del Evangelio”* (SV V, 563).

### 3. ACTUAR – Un compromiso renovado

Nuestra espiritualidad misionera corresponde a la feliz intuición del Papa Francisco al referirse a la *Iglesia en salida* que estamos llamados a construir desde la fidelidad a nuestro carisma. Cuando asumida con convicción y pasión, la misión se convierte en una fuente de realización, vigor y alegría para nosotros: *“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás’. Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: ‘Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión’. Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, ‘la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...). Y ojalá el mundo actual — que busca a veces con angustia, a veces con esperanza — pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”* (*Evangelii gaudium*, n. 10).

**A) *Dónde estamos:*** la mayor parte de la misión de Jesús se desarrolla en la periferia (Galilea), fuera del centro político y religioso (Jerusalén). A su alrededor y en su compañía están los pobres, enfermos y pecadores, cuyos anhelos él busca conocer para ayudarlos a vivir con sentido, esperanza y vigor. San Vicente estaba convencido de que la identificación con Cristo, la asimilación de sus sentimientos, actitudes y criterios, debería preceder y acompañar la evangelización de los pobres, a fin de que el anuncio y el testimonio resultasen coherentes y eficaces. Él quiso que sus Misioneros estuviesen al lado de los realmente pobres, de aquellos que carecen del indispensable para cubrir sus necesidades vitales. Por eso, desde el comienzo, muchos miembros de la Congregación fueron enviados a lugares marcados por el abandono espiritual y material, invitados a salir de sí mismos para alcanzar las *“periferias existenciales de la vida”*. Esta cercanía afectiva y efectiva, esta presencia respetuosa y solidaria debería generar familiaridad, confianza mutua y conocimiento de la realidad en la que los pobres viven, sufren y luchan. Por la fuerza del carisma que hemos recibido, nuestra orientación hacia los pobres es un valor permanente e insoslayable.

→ ¿Dónde se concreta nuestra misión? ¿Al lado de quién nos ponemos? ¿Buscamos pensar, sentir y actuar en comunión con los pobres?

**B) *Cómo estamos:*** las barcas de los pescadores de la Galilea estaban atracadas y ellos, desanimados por la ineficacia de sus esfuerzos, ya habían desistido de seguir pescando. Todo parecía haber sido en vano. Jesús va al encuentro de aquellos hombres desalentados y los provoca con su ejemplo y palabra. En las cartas de San Vicente, encontramos varios intentos de revitalización, particularmente cuando la caridad y la misión desafiaban y exigían más persistencia, creatividad y entusiasmo por parte de sus Misioneros y de otros colaboradores. Cuando nuestros empeños no producen los frutos esperados, cuando nuestros esfuerzos no son reconocidos, cuando no alcanzamos resultados satisfactorios y no conquistamos adhesiones sinceras, la salida no está en cruzar los brazos, dándonos por

vencidos. Necesitamos, al contrario, madurar en la confianza, en la paciencia y en la perseverancia.

→ ¿Nuestras barcas también están detenidas? ¿Cuántas noches, fracasos y desilusiones nos fatigan y desaniman? ¿Estamos convencidos de que el Señor cuenta con nosotros, de que nuestra misión es obra de Dios, una prolongación de la misión de Jesucristo? ¿Reservamos momentos de silencio orante para escuchar al Señor, para aprender de su vida entregada, para dejar que su Palabra nos encante y provoque, iluminando nuestro camino e impulsando nuestras iniciativas?

**C) *Qué debemos hacer:*** la llamada de Jesús revela que, si la comunidad quiere pescar buenos peces, tendrá que dejar las orillas y aventurarse en aguas más profundas. La tarea puede ser más exigente y arriesgada, pero el resultado tiende a ser más prometedor. No hay donación sin riesgos, como San Vicente lo garantiza. Muchas veces, estamos fatigados y desilusionados porque hacemos todo de la misma manera, repitiendo viejos esquemas, permaneciendo a la orilla, con miedo de arriesgar, de salir de nuestras zonas de confort y seguridad. La misión iluminada por la fe y dinamizada por la caridad se hace siempre nueva, porque el amor es creativo y descubre siempre nuevas posibilidades.

→ ¿Qué superficies tenemos que dejar? ¿En qué debemos avanzar para profundizar nuestra experiencia de Dios, estrechar los lazos de fraternidad entre nosotros y cualificar nuestra acción evangelizadora junto a los pobres? ¿Somos capaces de relativizar nuestros esquemas y pretensiones para dejarnos sorprender y conducir por Dios?

**D) *Compartir la misión:*** después de la pesca abundante, los discípulos tuvieron que solicitar la ayuda de los pescadores de otra barca. San Vicente quería que sus Misioneros caminasen unidos entre sí y con otros colaboradores [laicos(as), Hijas de la Caridad, sacerdotes, etc.]. Desde sus orígenes, la misión vicenciana es una misión compartida. Hoy más que nunca, los laicos(as) ocupan un lugar primordial e indispensable en la vivencia de nuestro carisma misionero. Juntos, en fraternal colaboración, podemos volver más inventiva la caridad y más eficaz la misión.

→ ¿Nos esforzamos de verdad por compartir nuestra misión, rezando y discerniendo juntos, trabajando en equipo, compartiendo las fatigas, éxitos y fracasos?

**E) *La misión nace de una profunda experiencia de fe,*** del encuentro con el Señor que nos llama a vivir y testimoniar la alegría del Evangelio. Nada más frecuente en los escritos de San Vicente que esa extraordinaria visión de fe sobre el misterio de nuestra vocación. Antes de trabajar con la Palabra, el Misionero necesita dejarse trabajar por la Palabra. Él es el primer oyente del mensaje que transmite. Solamente así, su perseverancia no quedará en la dependencia de su satisfacción personal o de su bienestar. Permanecemos en la Misión no porque todo está tranquilo y a gusto, sino porque el Señor nos ha enviado y porque los hermanos necesitan y esperan la Palabra que anunciamos y que nos mueve a promover un mundo más humano y fraterno. La alegría del Misionero proviene de su disposición de amar y servir, de realizar la voluntad de Dios y hacer el bien a sus hermanos.

→ ¿La experiencia de fe nos ayuda a revisar los pasos dados y a enderezar caminos? ¿Nos vuelve más confiados, serenos, generosos y resilientes? ¿Ilumina el horizonte de nuestro

caminar, indicando la meta primera del amor compartido y la meta final del Reino definitivo?

### **Recemos...**

Dios de la vida y del amor,  
te alabamos y te agradecemos,  
porque nos llamas a seguir a tu Hijo Jesucristo,  
en las huellas de San Vicente de Paúl.

Conoces nuestro interior  
y ves el bien de que somos capaces,  
haz que descubramos el sentido de nuestra vocación  
en el ardor de la caridad y de la misión,  
como amigos solidarios de los pobres,  
artesanos de la justicia y de la paz.

Tú, Señor,  
eres la alegría de nuestra juventud,  
haznos fecundos en la oración,  
creativos en el servicio y audaces en los propósitos,  
misioneros de tu caridad,  
vicencianos felices,  
libres y comprometidos,  
en el camino de tu Reino.  
Amén.